

# La agricultura como estrategia en América Latina y el Caribe

**Gerardo Escudero**

Aún cuando la agricultura pareciera perder terreno en los grandes foros de política internacional, algunos pronósticos permiten visualizar que será la producción agropecuaria la que posibilitará a América Latina y el Caribe subsanar los desajustes macroeconómicos -que en varios países aún se presentan en los años 90's- y mejorar las perspectivas futuras de crecimiento económico.

La región encara un déficit comercial anual promedio valorado en 20 mil millones de dólares desde 1992, un saldo negativo en su cuenta corriente estimado en US\$50 mil millones y una deuda externa de más de US\$550 mil millones, pese a los ingentes esfuerzos por expandir la capacidad exportadora y reconvertir los sistemas económicos nacionales mediante programas de ajuste estructural.

Esta disonancia entre los egresos e ingresos regionales se ha paliado mediante la atracción de capitales externos, los que si bien representan una solución, la misma es altamente inestable y de alcance parcial. Adicionalmente, ello no se ha acompañado de mejoras significativas en la plataforma tecnológica y productiva de Latinoamérica y el Caribe.

El 70% de los flujos externos capturados por la región se concentran en muy pocos países (básicamente México y Argentina). Estos flujos de capital han sido atraídos a partir de un incremento en las tasas de interés nacionales (en contraste con la disminución que se registran en los países desarrollados), con miras a crear las condiciones adecuadas para estimular la inversión en la región.

Además de la falta de estímulo que significa las altas tasas de interés para la inversión en la producción agropecuaria y agroindustrial, la inyección masiva de flujo de capital externo tiene efectos negativos indeseables que ocasionan una sobrevaluación del tipo de cambio de las monedas nacionales. Con ello se pierde competitividad en los mercados internacionales y nacionales, hechos que desalientan aún más el crecimiento en las actividades agropecuaria y forestal, y ahondan el déficit comercial y el de cuenta corriente.

El crecimiento económico futuro de los países latinoamericanos y caribeños, deberá producirse vía su inserción en el mercado internacional y abrir, simultáneamente y sin desproteger, sus mercados locales. Para lograrlo con éxito, resulta apremiante sentar las condiciones macroeconómicas adecuadas que garanticen estabilidad y equidad a la producción.

Si no se continúa por la línea de los ajustes macroeconómicos, los países estarán corriendo el riesgo de mantenerse al margen de la economía internacional. En consecuencia, el crecimiento económico dependerá de los esfuerzos que en cada país se hagan en reformas sectoriales agropecuarias y en programas de estabilización monetario-financiero que de lo que más se pueda esperar del comercio mundial.

La inserción en la economía internacional es un proceso que no pueden obviar los países latinoamericanos y caribeños. Los próximos diez años, el comercio será el motor del crecimiento económico mundial, pues crecerá a una tasa promedio anual del 6%, mientras la producción lo hará en 3%. Entre 1980 y 1990, el comercio mundial creció al

4.9% y la producción al 3.3%, manteniendo una relación de 1.5 a 1; en el presente, la relación que prevalece es de 2 a 1.

Ello tiene connotaciones importantes para América Latina y el Caribe, y significa que si el mercado mundial va a ser el eje sobre el cual se van a reestructurar las economías, es la orientación hacia el exterior la que debemos mantener como principio de política en nuestros países.

Contrario a lo que algunos predicen, la agricultura es sin lugar a dudas uno de los principales componentes de una estrategia efectiva que permitirá a la región recuperar aún más su crecimiento económico y acompañar un desarrollo realmente sostenido. Ello es factible, entre otras razones, por hospedar en sus entrañas una amplia variedad de las especies vegetales y animales comestibles e industrializables del planeta, y por las favorables perspectivas económicas que, para esta actividad, se vislumbran a partir de los acuerdos multilaterales suscritos en el marco de la Ronda de Uruguay del GATT.

En materia de mercados y productos agropecuarios, este acuerdo significará para los países subdesarrollados del mundo entre 35 mil y 70 mil millones de dólares al año, luego del 2005. Estas cifras constituirían hasta dos veces el nivel actual de exportaciones agropecuarias de toda América Latina y el Caribe.

Se espera, asimismo, que conforme los países (particularmente los industrializados) reduzcan sus ayudas internas a la producción y exportación agropecuaria, los precios internacionales de estos bienes reporten algún incremento relativo. Sin embargo, el factor destacado en realidad es el movimiento de precios y demandas internacionales al alza de varios productos que se viene registrando recientemente, entre otros factores, gracias a la emergencia en la arena internacional de países de economía dinámica y grande, como los países asiáticos, entre ellos China.

Resulta conveniente incorporar la dimensión social a estas circunstancias, pues de ello depende la viabilidad de dicho escenario. Desde algunos lustros atrás, la agricultura en muchos de los países del continente está en serias dificultades, a pesar, o a causa -según se le quiera ver-, de los programas de ajuste económico de los últimos 15 años.

Estas dificultades adoptan distintas magnitudes, manifestaciones y orígenes. Tomando como ejemplo la experiencia de la agricultura chilena, la que no obstante que su PIB en los últimos años viene creciendo dinámicamente -a razón de un 6% por año-se reconoce que está en problemas estructurales dado que mientras se han modernizado alrededor de 25 mil unidades de producción altamente tecnificadas, hay 270 mil unidades campesinas al borde de la crisis. Con algunas excepciones -por ejemplo Canadá y Estados Unidos-, las unidades reconvertidas en el resto del continente pueden considerarse islas en medio de mares de pobreza.

El balance global es de una agricultura que está creciendo muy por debajo de su potencial y del ritmo poblacional, y cuyas exportaciones están lejanas de alcanzar el promedio de crecimiento anual del resto de las exportaciones que sí muestran un dinamismo significativo, en un contexto de economías abiertas.

Este contrastante panorama se asocia al retraso en los sistemas tecnológicos y de servicios para la agricultura hemisférica; existe una importante desarticulación entre la investigación y la transferencia tecnológica, entre los servicios de mercadeo y la comercialización, y en el financiamiento para la producción agropecuaria y agroindustrial.

Lo anterior evidencia que los procesos de ajuste estructural regionales todavía no han potencializado el crecimiento de la producción agrícola y pecuaria, y de no hacerlo en los años subsiguientes, las expectativas de crecimiento económico previstas para el Caribe y América Latina, serán absolutamente preocupantes.

En los próximos diez años, los países del este asiático y China reportarán el mayor crecimiento económico, con tasas del 8.5% anual y una tasa per cápita promedio del 6.5%. Las cifras para América Latina y el Caribe serán, por el contrario, las menos dinámicas: un Producto Interno Bruto (PIB) anual promedio de 3.4%, y un ingreso per cápita de 1.7%.

Las anteriores perspectivas parten, sin embargo, de un escenario macroeconómico internacional relativamente estable, considerando un crecimiento del 2.7% en el PIB de los siete principales países desarrollados, una tasa de crecimiento de su comercio estimada en 5.9% y una inflación esperada de 2.7%, para el decenio venidero.

Con base en las proyecciones del Banco Mundial, de producirse una ligera variante en estos cálculos, el crecimiento de las economías latinoamericanas y caribeñas no se aproximaría al 2% anual, al tiempo que la tasa de ingreso per cápita regional descendería a un -0.7% por año.

El panorama macroeconómico mundial para los próximos diez años es interesante, pero más aún para los países asiáticos y para el Africa Subsahariana, aunque puede ser riesgoso para América Latina y el Caribe.

El comercio constituye actualmente la única opción para reactivar las economías de la región, y la agricultura se vislumbra como una fuente significativa para reactivar las economías internas y para repuntar la capacidad exportadora y la generación de ingresos y ahorro de divisas.

Se tienen posibilidades de elevar los niveles de exportación en los montos aproximados en los que hoy se tienen los déficits en cuenta corriente. El sector agropecuario, en toda su visión ampliada podría superar los US\$ 50 mil millones netos en exportaciones.

No obstante, la agricultura latinoamericana y caribeña no podrá acceder los US\$ 70 mil millones de mercados potenciales agropecuarios que se generarán, en el marco del cumplimiento de los acuerdos de la Ronda de Uruguay, mientras persistan en la región procesos tecnológicos desarticulados y políticas macroeconómicas que, en ocasiones, vuelven a penalizar y generar sesgos antiexportadores para los sistemas de agroproducción y agroexportación en América Latina y el Caribe.

Gran parte de las posibilidades que existen para revertir los problemas y aprovechar las oportunidades, radica en cambiar de "enfoque" sobre la agricultura y reconocerla como parte vital del tejido económico y social del continente, con sus múltiples interdependencias.

Ello equivale a verla desde una óptica holística y sistémica que tiene como eje el ser humano: principio, medio y fin de la economía moderna y de la sociedad del futuro.

